

serie

PABLO DIABLO

EL BARCO

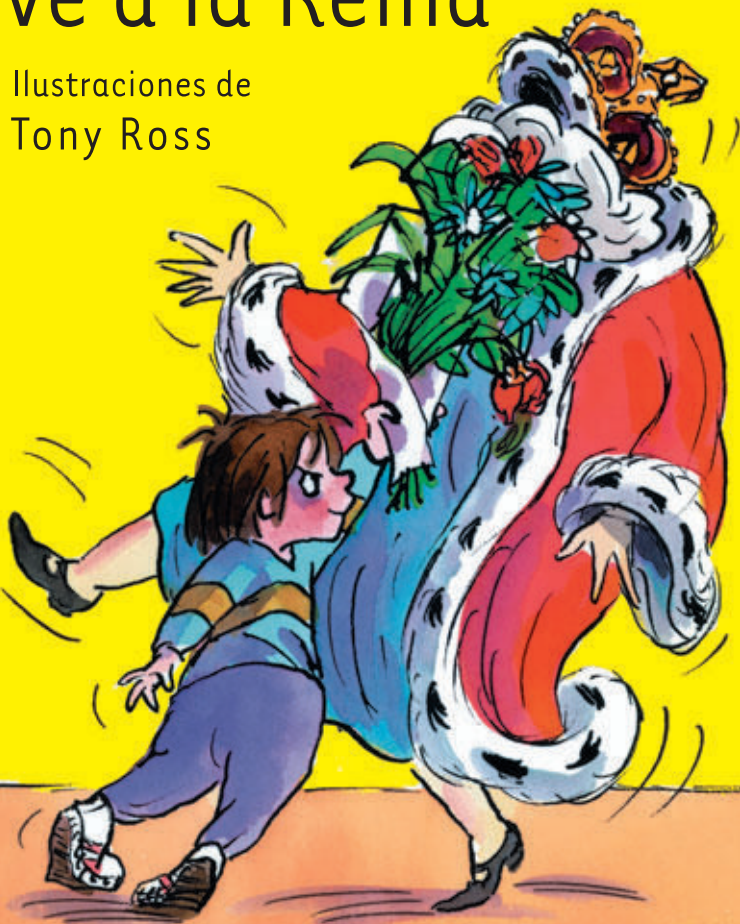


DE VAPOR

Francesca Simon

# Pablo Diablo ve a la Reina

Ilustraciones de  
Tony Ross



sm



*Para mis amigas de la infancia  
Tootie Ackerman-Hicks y Dinah Manoff*

*Primera edición: noviembre de 2005*

*Sexta edición: septiembre de 2012*

Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Traducción del inglés: Miguel Azaola

Título original: *Horrid Henry meets the Queen*

© del texto: Francesca Simon, 2004

© de las ilustraciones: Tony Ross, 2004

© Ediciones SM, 2005

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE



1

Las tareas caseras de Pablo Diablo, 7

2

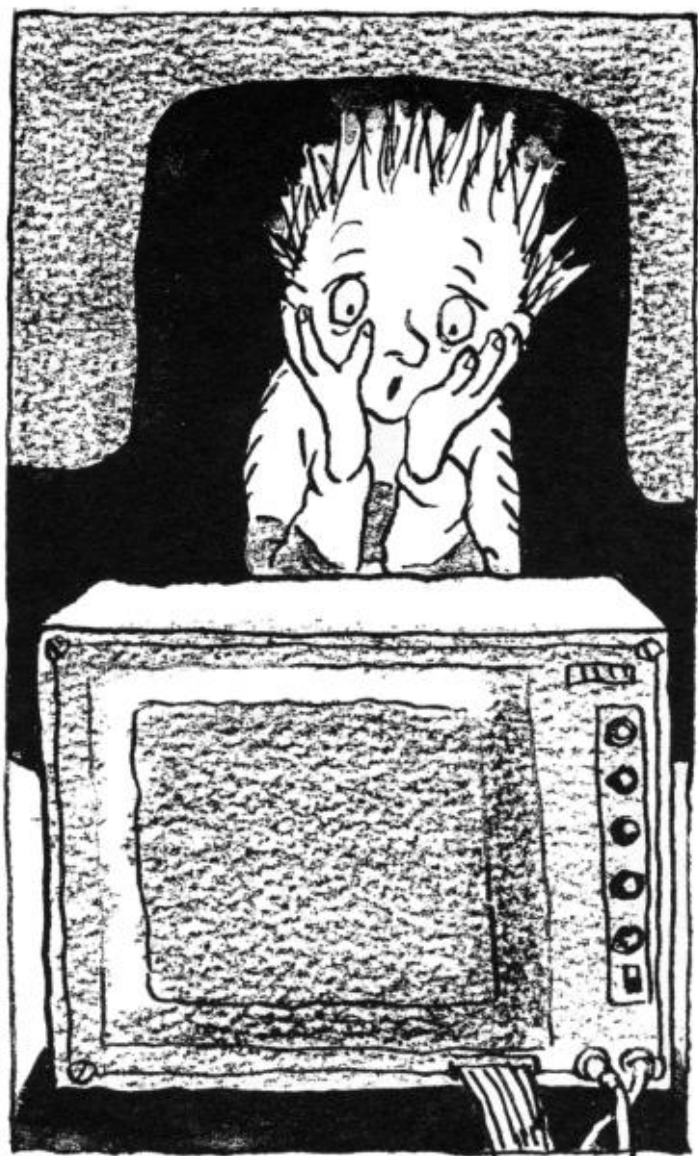
Pablo Diablo, hipnotizador, 27

3

El baño de Pablo Diablo, 51

4

Pablo Diablo ve a la Reina, 73





.....

## LAS TAREAS CASERAS DE PABLO DIABLO

¡Fin de semana! ¡El maravilloso y delicioso fin de semana! Dormir hasta muy tarde. Desayunar en pijama. Ver la tele por la mañana. Ver la tele por la tarde. Ver la tele por la noche. Y nada de escuela ni de señorita Guillotina durante dos días.

La verdad es que los fines de semana tenían una cosa mala. Pablo no quería ni recordarla. Pensó esperanzado que, a lo mejor, a su madre se le olvidaba. A lo mejor esta vez no se metía por medio y lo fastidiaba todo.

Pablo Diablo se instaló en el súper cómodo sillón negro y encendió la tele para ver *Casa Superguarra*, su nuevo programa favorito en el que unos adolescentes insoportables competían a ver quién tenía la habitación más asquerosa.

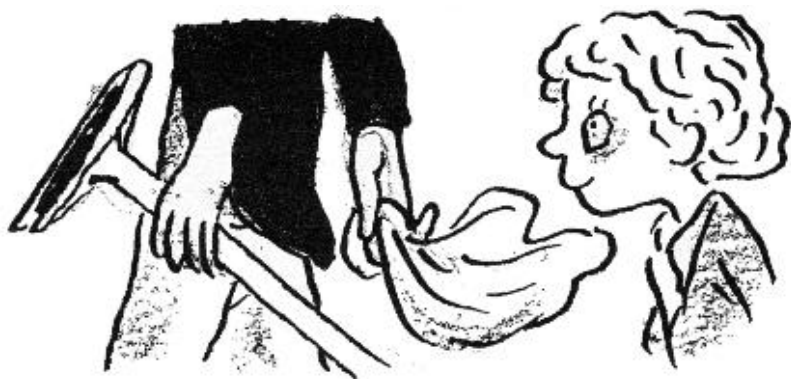
A Pablo le devoraba la impaciencia, tenía ganas de ser un adolescente insoportable él también. Seguro que su dormitorio superaría cualquiera de los casos que presentaba *Casa Superguarra*.

— ¡Uuaaajjj! —aulló Pablo Diablo cuando Feliciano el Marrano exhibió lo que guardaba debajo de la cama.

— ¡Uueeejjj! —berreó Pablo Diablo cuando Rufina la Cochina abrió de par en par su armario.

— ¡Uuooojjj, qué fuerte! —bramó Pablo Diablo cuando Baldomero





el Basurero desveló la causa de que su familia se hubiera cambiado de casa.

— Así que el vencedor, con la habitación más asquerosa de esta semana, es...

PLOM

PLOM

PLOM

Su madre entró en la habitación con paso firme. Llevaba sus instrumentos de tortura favoritos: una aspiradora y un trapo para limpiar el polvo. Roberto entró tras ella.

—Pablo, apaga ahora mismo ese programa espantoso —dijo su madre—. Es hora de empezar con tus tareas caseras.

—¡NO! —chilló Pablo Diablo.

No podía haber en el mundo una expresión más odiosa y más horrenda que “tareas caseras”, pensó Pablo. Tareas caseras era peor que “deberes escolares”. Peor que “verdura”. Incluso peor que “inyección”, “compartir” y “a la cama”. Cuando él fuera Rey ningún niño tendría que hacer tareas caseras. Los padres y las madres que se atrevieran siquiera a susurrar la expresión “tareas caseras” serían catapultados desde las almenas al foso infestado de pirañas.

—Puedes empezar por recoger del suelo tus calcetines sucios —dijo su madre.

¿Recoger un calcetín? ¿Recoger

un calcetín? ¿Pero hasta dónde podía llegar la mala idea de su madre? ¿A quién podía importarle que hubiera unos cuantos calcetines viejos esparcidos por el suelo?

—¡No puedo creer que me obligues a hacer una cosa así! —gritó Pablo. Miró a su madre con ferocidad. Luego miró con igual ferocidad a sus arrugados calcetines. Estaban a kilómetros de distancia del sofá. Los recogería más tarde. Mucho más tarde.

—Pablo, te toca pasar la aspiradora al cuarto de estar —dijo su madre—. Roberto, a ti te toca quitar el polvo.

—¡No! —aulló Pablo Diablo—. Soy alérgico a las aspiradoras.

Su madre no le hizo el menor caso.

—Luego vacía las papeleras y mete la ropa sucia en la lavadora. Y asegúrate

de que separas la ropa blanca de la de color.

Pablo no se movió.

—No te llevará más de quince minutos —dijo su madre.

—¡No hay derecho! —se lamentó Pablo—. Yo pasé la aspiradora la semana pasada.

—No es verdad. La pasé yo —dijo Roberto.

—¡Fui yo! —aulló Pablo.

—¡Mentiroso!

—¡Mentiroso, tú!

—¿Puedo hacerlo luego? —preguntó Pablo. Lo bueno de “luego” era que podía transformarse en “nunca” con maravillosa facilidad.

—La ene con la o: NO —dijo su madre.

Roberto empezó a quitarle el polvo al televisor.

— ¡Quieto! —dijo Pablo—. Estoy viendo la tele.

— Y yo estoy quitando el polvo —dijo Roberto.

— Fuera de mi vista, gusano —farfulló Pablo Diablo entre dientes.

Su madre se acercó y apagó el televisor.

— No hay televisión hasta que termines tus tareas, Pablo. En esta familia todos tienen que arrimar el hombro y ayudar.

Pablo Diablo se sintió ofendido.



¿Por qué tenía él que ayudar en la casa? Esa era la obligación de los zánganos de sus padres. ¿Acaso no trabajaba ya él lo suficiente yendo al colegio todos los días sin ninguna gana?

¿Y el montón de deberes que hacía? Pablo Diablo, mientras pataleaba y gritaba tumbado en el sofá, pensó que era increíble que aún siguiera vivo.

—¡NO LO HARÉ! ¡NO SOY VUESTRO ESCLAVO!

—Pablo, no es justo que mamá y papá hagan ellos solos “todo” el trabajo de la casa —dijo Roberto, el niño perfecto.

A Pablo le parecía justísimo.

—Muy bien dicho, Roberto —dijo su madre, encantada—. Da gusto que seas un niño tan considerado.

—¡Roberto, cierra el pico! –gritó Pablo.

—¡Pablo, deja de incordiar! –gritó su madre.

—No hay televisión ni paga hasta que acabes tus tareas –dijo su padre.

Pablo dejó de gritar.

¡Sin paga! ¡Sin tele!

—No necesito la paga –refunfuñó Pablo.

—Estupendo –dijo su madre.

Pero un momento... ¿Qué estaba diciendo?

¡Claro que necesitaba la paga! ¿Cómo podría comprar caramelos si no?

Y se moriría si no podía ver la tele.

—Voy a llamar a la policía –dijo Pablo Diablo–. Ventrán y os detendrán por crueldad con menores.

—¡He terminado! –anunció Roberto, el niño perfecto–. He hecho ya todas



“mis” tareas –añadió–. ¿Podéis darme la paga, por favor?

—Claro que sí –dijo su madre, dándole una moneda de dos euros.

Pablo Diablo miró ferozmente a Roberto. ¿Cómo podía ser tan horroroso semejante adefesio cararrana?

—Vale –gruñó Pablo–. Pasaré la aspiradora. Y tú, cararrana, apártate de mi camino o te aspiro a ti también.

—¡Mamá! –gimió Roberto–, ¡Pablo está intentando aspirarme!

—Pablo, límitate a hacer tus tareas –dijo su madre. Se sentía cansada.



—Podrías haberlas hecho “todas” en el tiempo que te has pasado discutiendo —dijo su padre. También él se sentía cansado.

Pablo cerró la puerta del cuarto de estar de un portazo y dejó fuera a sus insoportables padres. Miró a la aspiradora con odio. ¿Por qué aquella estúpida máquina no aspiraba ella solita? Lo que necesitaba era una aspiradora-robot.

Pablo la puso en marcha.



¡ZUUUUMMM!

¡ZUUUUMMM!

— ¡Aspiradora, aspira! —ordenó Pablo.

La aspiradora no se movió.

—Vamos, aspiradora. Sé que puedes hacerlo —dijo Pablo.

¡ZUUUUMMM! ¡ZUUUUMMM!

La aspiradora siguió sin moverse.

“Cuantísimo ruido mete esta estúpida máquina”, pensó Pablo. “Apuesto a que se oye en toda la casa”.

Y, de repente, Pablo Diablo tuvo una idea brillante y espectacular. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes? Desde ahora se pediría pasar la aspiradora todas las semanas.

Arrastró la aspiradora hasta la puerta del cuarto de estar y la dejó allí, zumbando a toda marcha. Luego se dejó caer en el sofá y encendió la televisión. Magnífico: *Casa Superguarra* no había terminado aún.

ZUUUMMZUUUMMMZUUUMM

Su madre y su padre escucharon el resonante zumbido de la aspiradora en

el cuarto de estar. Increíble. Pablo estaba trabajando de firme. No salían de su asombro.

—Hay que ver lo bien que está trabajando Pablo —dijo su madre.

—Lleva más de treinta minutos aspirando sin parar —dijo su padre.

—Por fin se está portando de una forma responsable —dijo su madre.

—Ya era hora —dijo su padre.

—¡Vamos, Baldo! —animó Pablo mientras Baldomero el Basurero irrumpía en la pulcra habitación de sus padres—. Ja, ja, ja —cacareó. Menuda sorpresa se iban a llevar los padres de Baldomero.

—¡No cambiéis de canal si queréis ver la cochambrosa final entre Baldomero y Rufina dentro de tres

minutos! –anunció el presentador  
Mauricio Desperdicio.

Pasos. Rayos, alguien se acercaba.

Horror.

Pablo saltó del sofá, apagó la tele  
y agarró la aspiradora.

Su madre entró.

Pablo Diablo empezó a jadear.

–Cuánto he trabajado, mamá –dijo  
sin aliento–. ¿Puedo parar, por favor?

Su madre se quedó mirando las bolas  
de pelusa que cubrían la alfombra.

–Pero, Pablo –dijo desanimada–, si  
aún hay polvo por todas partes...

–No puedo evitarlo –dijo Pablo–. Yo  
he hecho todo lo que he podido.

–Está bien, Pablo –suspiró su madre.

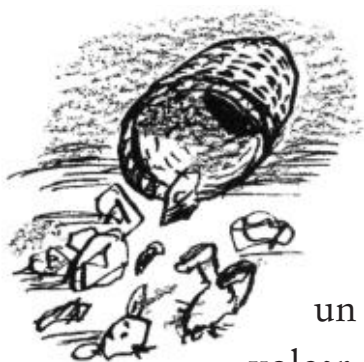
“¡BIEEEN!”, dijo para sus adentros  
Pablo Diablo.

–Pero recuerda: nada de televisión

hasta que hayas vaciado las papeleras y separado la colada.

— Ya lo sé, ya lo sé —rezongó Pablo, corriendo escaleras arriba. ¡Si terminaba sus tareas en los próximos dos minutos llegaría a tiempo para la final de *Casa Superguarra!*

Bien, su madre había dicho vaciar las



papeleras. No había dicho dónde, sólo que había que vaciarlas.

Necesitó solo

un momento para

volcar en el suelo todas

las papeleras de la casa.

“Listo”, pensó Pablo Diablo y bajó velozmente las escaleras. Ahora, la estúpida colada. Cuando fuera un probador de juegos de ordenador